

Y aquel otro mozo, atildado, ya con canas, escribiente de arbitrios, que también vivía con su madre, era de los más intrigados e intrigantes, que la miraba desde la puerta del señor Higinio el tendero y ella le volvía la cabeza. Todo el mundo tenía que hacer con la buena moza y el chismoso del carbonero más que nadie, aunque el Sr. Fabián, el cerrajero, a la chita callando, con el pito en la boca, como también lo llevaba el carbonero, no ocultaba sus dudas e interrogaciones. Era un viejo de pantalones caídos, como los suelen llevar los de su oficio y cargado de espaldas como lo requiere su posición en el trabajo, que hablaba sin alzar la cabeza y sentía, como Pirrago, como el carbonero, como el Sr. Benito el ebanista, un poco manquillo, muy fumador y republicano, Antonio el Tumbacopas, guardia municipal y diabético. Don Salvador Sánchez, muy señalado de los toros en su juventud y acreditado masajista y otros del barrio, no tener siquiera un hijo por el que afanarse en la vida, cosa que les quitaba las ganas de trabajar, porque ¿para qué lo querían sin tener a quién dejárselo?. Y eso, aparte de la fijeza en el domicilio por tener el «banco» en la casa, les mantenía más al tanto de los chismecillos de la vecindad sobre los que hilaban muy delgado como en cualquier rincón de pueblo chico.

Yo, que había vivido intensamente el bullir de nuestra calle de la Estación, encontraba aquello peor, más aldeano. Nuestro barrio de la Estación era una parte de los barrios bajos, pero no era el barrio de las injurias, porque aquí corría mejor el aire y se llevaba los miasmas y las malas ideas dejando una atmósfera de confianza cordial y buen humor resistentes a la pobreza y a los reveses, que nadie podrá olvidar de los que lo hayan conocido. Ese era también y todavía más entrañable el ambiente general de Madrid, lo que no quita para que existieran rincones como este relleno del hueco de la calle de la Escuadra y nuestro Porcarizo, donde las malas palabras y peores ideas rebrillaban como hojas de puñal.

Antes de llegar al horno de pan de Castro, en el rincón de la calle de la Escuadra, en el número tres, vivía una alcazareña de edad como de 55 a 60 años, fina de cuerpo, finísima y arrugada de cutis, taimada y suave que parecía no hablar ni moverse y se deslizaba con la cautela de los gatos cuando cazan, que decían traficaba con mujeres. Conservaba sus sayas, su pañuelo de merino y su rodete pequeño de pelo casi blanco con el que disimulaba la calva discreta que se presenta a las mujeres en la menopausia, aunque descubría más la de igual índole de detrás de las orejas. Como calzado sus alpargatas negras.

Jamás la ví acompañada de nadie ni mezclándose en corrillos de vecinas. Salía y entraba sola y silenciosa. No pude saber quién era ni cuál su nombre. Me solía sonreír pero sin hablarme las pocas veces que cruzaba cerca de mí, porque alguien debió decirle quién era yo. Tenía un mirar lejano, con la cabeza levantada, como sin importarle lo que hubiera alrededor y el andar estaba en relación con su modo de ir, la cabeza levantada, mirando a lo lejos, el cuerpo un poco abatido al subir la cuesta y el culo saliente dándole a su silueta forma de garabato. Conservaba, también, sus arillos de chorro de aljófara, tan corriente en nuestras gañanas y dentro de su estilo rústico era mujer limpia y ordenada.

No sé lo que haría ni por qué lo dirían, pues yo nunca ví nada y si la miento es como un detalle que me viene a la memoria recordando